

A CINCUENTA AÑOS; TEXTOS PARA UNA MEMORIA

AFTER FIFTY YEAR, TEXTS FOR REMEMBRANCE

Han pasado cincuenta años desde el golpe de estado de septiembre del 73. Para muchos de los que vivíamos en ese entonces, el mundo se vino abajo. Similar sentido, aunque vivido ciertamente de otra manera, tiene también esa fecha para buena parte de las generaciones que llegaron después.

La experiencia del gobierno de la Unidad Popular y su abrupto término fue asumido obviamente de muy distintas maneras, pero para un grupo muy importante de chilenos, esos días fueron días cruciales. ¿Qué es lo que hizo tan particular a esa experiencia y qué es lo que ese día perdimos y hasta hoy extrañamos?

Esos tres años fueron momentos indudablemente difíciles; aparte de los primeros meses en que el mundo se veía y se portaba grato, lo que siguió siempre fue duro, resistido y discutido. Pero las fotos de la época muestran mucha alegría. En especial, varias en que aparece Allende rodeado de trabajadores. Recuerdo una en que un joven trabajador mostraba un periódico de la época con los resultados de la última elección parlamentaria de marzo de 1973: UP 43,39%, CODE 54,70%.

Creo que esa alegría, y lo que hace crucial al período, es que tuvimos la posibilidad de entreabrir una puerta y vimos que organizar al mundo de acuerdo a la razón era una posibilidad cierta. No era el mercado, eran las necesidades lo que prevalecía; no eran los intereses o el financiamiento el criterio que organizaba a este mundo. Más decididamente, no era la economía sino la política la que orientaba los rumbos a tomar. Además, su violento e infame término dejó abierta la posibilidad de que esa forma de vivir fuera posible: no concluyó porque razonablemente no era posible, terminó porque la fuerza aplastó a la razón. No puedo olvidar a Brecht cuando señala, en medio de las vicisitudes de Galileo, que la razón se impone solo cuando los que razonan se imponen.

¿Cómo recuperar cómo se vivió ese día en Chile? Quedan las grandes imágenes: La Moneda bombardeada; Pinochet y sus secuaces con los lentes oscuros; los miles de detenidos custodiados por militares y unas cuantas más... Se trata de cincuenta años y, cuál más o cuál menos, todos hemos asimilado ya la vida que empezó entonces.

Como una ayuda a mantener esa memoria, he querido recuperar cuatro textos de cuatro médicos que aprecié y aprecio hoy. El primero es de Pedro Castillo, en ese entonces director del Departamento de Cirugía del Hospital J.J. Aguirre; el segundo es de Alfredo Jadresic quien fuera decano de la Facultad de Medicina a partir del movimiento de Reforma Universitaria de 1968; el tercero de María de la Fuente, docente del Departamento de Medicina Preventiva y Social, y un cuarto de un amigo de toda la vida Jorge L. Minguell que se desempeñaba como Médico General de Zona y Director del Hospital de Calbuco.

En lo personal, yo regresé a Chile desde Ecuador el 10 de septiembre de 1973 de una gira de estudios y discusiones en que había acompañado a Juan César García desde Washington, Guatemala y Ecuador. El 11 volví a la Escuela para que conversáramos de esa gira. Pero ya en esa vida estaba terminando. De esa mañana en mi queda la ima-

gen de Tegalda Monreal sollozando en el hombro de don Hugo Behm en la escalinata de entrada de la Escuela, mientras pasan por el aire los Hawker Hunter en dirección a la Estación Mapocho y La Moneda. Más allá de la esquina, unos carabineros rompen la puerta y allanan una sede del Partido Socialista en calle Gamero pasado Independencia...

EL "ONCE" EN EL HOSPITAL UNIVERSITARIO

Pedro Castillo Y., Afanes de un cirujano, con pericias y pereza. Gráficas Lom, sin año, pp. 32-36

Como siempre, Sergito, entre 7:20 y 7:30, frente a la Escuela de Derecho, al otro lado del río.

Era la frase ritual de cada tarde, para recoger a mi ex alumno, colega y residente del Departamento de Cirugía, el doctor Sergio Báez, e irnos juntos al trabajo.

Ese día, bajando por la Costanera, tal vez había menos autos, radios silenciosas, se escuchaban bandas militares.

- *Sube, Sergito.*

- *Maestro –trato excesivo y cariñoso– empezó el golpe, ¿Qué hacemos?*

- *Nos vamos al hospital, es el lugar que nos corresponde en estas circunstancias.*

Desde que entramos, gran agitación y movimiento. Todos los rumores de tropas que vienen y tropas que van. De ayudas y de ataque, de bombardeos.

Se llama a una asamblea general, amplia, en el auditorio "Emilio Croizet" de Anatomía Patológica. El Director del Hospital, Dr. Marcos Donoso, anuncia que éste es un objetivo militar. La Escuela de Salud Pública es de clara tendencia progresista y de apoyo al gobierno; además históricamente ha existido proximidad entre la Facultad de Medicina y sus alumnos, la mayoría, históricamente libertarios y rebeldes. También hay alumnos extranjeros, que pueden ser peligrosos.

Se autoriza que el personal y los alumnos de todas las Escuelas, sin tareas específicas importantes, puedan retirarse a sus casas.

Sin saber de dónde ni cómo, aparece una larga caravana de aproximadamente 50 o 100 muchachos, sólo algunas niñas, alumnos de la Facultad de Bellas Artes. Huyen buscando refugio en el hospital amigo. Visten ropas, bolsas y chalas artesanales. Para disimular su aspecto bohemio, rompen los candados de los estantes metálicos de nuestros alumnos. Con los

delantales blancos, mal abrochados, su apariencia es más patética y sospechosa. Alguno se cuelga el estetoscopio al cuello, peor.

En la asamblea, se propone todo. Barricadas en las rejas y en las puertas, poner los autos de los doctores. Una enfermera amiga, la señora Anita, me avisa y hace poner en otra parte mi viejo Peugeot.

Se quiere defender nuestro bastión con todas nuestras armas: palos, cuchillos, linchacos y uno que otro revólver o pistola. Locura completa. Se dice que los milicos enviarán tanques.

Se ordena deshacerse de cualquier cosa que pueda considerarse un arma. Hasta perillas de las puertas. No sabemos cuántos obedecen.

Por el retiro de la mayoría del personal administrativo y técnico, más la fuga de los mandos académicos por el subterráneo hacia la Escuela de Salubridad, se produce un peligroso vacío de mando o poder que puede hacer más delicada la situación. Asumo el control de caos.

Debemos dar todas las altas posibles. Excepto pacientes de provincia o patologías muy limitantes o graves. Aclaremos que, si vienen, serán pacientes graves, preferentemente heridos.

Se intenta un ordenamiento de atención y cuidado progresivo.

La comida, que no es abundante, deberá ser racional. Tenemos una sobrepoblación de alumnos de otras escuelas y mucha gente que no cumple funciones importantes.

Un asustado estudiante se me acerca con un viejo revólver con un largo cañón. De alguna colección o museo:

- *¿Qué hago con esto, profesor?*

Se lo quito de las manos. Lo tiro en uno de los casilleros vacíos de nuestros estudiantes y le digo que lo olvide y desaparezca. Con el tiempo, llegó a ser un distinguido internista. Hay un fundado temor de un ataque militar formal. Hemos visto algunas tanquetas haciendo pasadas de reconocimiento y provocación. Llamamos al Regimiento Buin. Nos responde el comandante de la unidad, el coronel Sergio Covarrubias. Se establece el siguiente diálogo:

- *Coronel, el Hospital Universitario es un hospital público y permanece abierto, dispuesto a recibir los enfermos que requieran atención.*

La respuesta:

- *Se ha tomado nota y se tendrá en cuenta. Cuelga.*

Es todo lo que dice en el rico lenguaje militar.

A medida que se acumulan los amenazadores bandos militares con listado de personas requeridas, se va vaciando el hospital. Se anuncia toque de queda absoluto desde las 14 horas. A quien lo quebrante, se disparará sin aviso.

En Cirugía tengo dos equipos con cirujanos preparados y anestesista.

Además, hay un equipo de traumatología completo, a cargo de quien, posteriormente, alcanzaría altos cargos en nuestra Universidad.

Un médico centroamericano, tal vez con experiencia en revoluciones y asonadas me dice:

- Doctol, no haga nunca, en estas circunstancias, listados de nada, menos de personas. Son peligrosas si caen en manos enemigas.

Le hice caso.

A media mañana, subo con algunos jóvenes a la terraza de nuestro Hospital, mirando hacia el centro de la ciudad donde se dice atacaran los valientes aviadores. Era un día iluminado, como los hay en Chile cuando se acerca la primavera. Desde el norte sentimos venir los aviones. En parejas, más o menos sobre nosotros, descienden para poner en la mira de sus cohetes la casa de los presidentes de Chile.

Era como estar en el cine, en un palco privilegiado para ver un bombardeo. Sólo que es real, de aviones chilenos contra el gobierno constitucional. Vemos las estelas que dejan los cohetes.

Surgen grandes humaredas.

Mirándonos, me restringo los ojos, están húmedos. La pena todavía no se me ha quitado.

En la tarde, operé a Héctor Contreras Castillo (ficha 319484/73), dirigente poblador de la Pincoya, con un pequeño orificio paraumbilical derecho. Por el dorso de la región lumbar derecha, hay un rosetón sangrante de labios revertidos de 12 a 15 cm de diámetro. Herida por bala de mediano calibre y alta velocidad.

Debí reparar el lóbulo inferior del pulmón derecho, reparar el diafragma y el lóbulo derecho del hígado. Además se debió efectuar una nefrectomía derecha. Al día siguiente estaba vivo, pero con evidencias de una sección traumática de la médula espinal a nivel dorso lumbar. Murió un par de días después.

Esa noche, después de una ronda, nos recostamos en las camas de la residencia de cirugía. Por algún milagro, la línea telefónica estaba intacta. Pude hablar con Erica y con mis cinco hijas.

Al día subsiguiente, muy temprano, ocupación militar del Hospital, la Facultad de Medicina y la Escuela de Salubridad. Por los pasillos, patrullas armadas y con altavoces nos gritan:

¡Todo el mundo afuera! Sin excepción!

A la cancha de fútbol, con los brazos en alto. Desfilan los sabios con los ojos enrojecidos desde los microscopios en los subterráneos de la Facultad, al sol ardiente. El decano y todos los incrédulos académicos. Con sus almidonados uniformes a la cancha con estudiantes y funcionarios.

Hasta el suplementero.

Entre nosotros pasa un "jeep" con el coronel del regimiento Buin. Mediante un parlante y con la ayuda de un dirigente médico, busca partidarios del gobierno y extranjeros.

Con las manos arriba, somos el ejército derrotado de delantales blancos, más o menos 500 u 800 personas. Contra el sol nos hicimos sombreros con papel de diario.

A enfrentar nuestros destinos.

Continúe en funciones hasta que fui exonerado de mi cargo en diciembre de 1975 mediante el Decreto 8276 firmado por el Rector Agustín Rodríguez Pulgar y el Prorector Enrique D'Etigny, por las siguientes razones: "a) La necesidad de garantizar una armónica convivencia universitaria que permita el libre e íntegro desarrollo de las distintas funciones universitarias a nivel académico, no académico y estudiantil. b) El imperativo de lograr una docencia objetiva y pluralista, evitar el uso de la función universitaria con fines proselitistas y sectarios..."

Y pasaron muchos años:

En junio de 1990 volví por un período corto al Departamento de Cirugía con un cargo ad honorem y se me ratificó el grado de Profesor Titular en 1993.

EL GOLPE MILITAR: 11 DE SEPTIEMBRE DE 1973

Alfredo Jadresic, *Historia de Chile en la vida de un médico. Editorial Catalonia, 2007, pp. 168- 173.*

La noche del 10 de septiembre de 1973 recibí una llamada telefónica de un vecino nuestro en la Reina. Era un antiguo compañero de atletismo que ejercía ahora como entrenador de esquí del Ejército. Venía de regreso de una cena con militares de alto rango. Me contó que, hacia la medianoche, uno de ellos había dicho: “Bueno, debemos retirarnos ya, no hay que olvidar que mañana es el pronunciamiento.

En los primeros días de septiembre corrían muchos rumores sobre la posibilidad de un Golpe Militar, pero un gran sector de la población pensaba que eso no ocurriría jamás en Chile. “No a la guerra civil” era también el clamor público. No obstante, ante la información de mi amigo y la fuente, pensé que debía informar al presidente Allende. Opté por hacerlo a través de su ministro de Economía, José Cademártori –gran compañero, casado con Xenia Dujisin, amiga de nuestra familia de varias generaciones.

El 11 de septiembre temprano me dirigí a la Escuela de Medicina como de costumbre. Circulaban rumores sobre lo que ocurriría en Valparaíso y pronto llegaron las noticias sobre los movimientos de tropas en el centro de Santiago. Entre el desconcierto y la consternación era difícil tomar decisiones. Cada uno esperaba escuchar la opinión del compañero que le ayudara a decidir. Nos reunimos los amigos de siempre, más amigos que nunca en los últimos tres años, Hugo Behm, Pedro Castillo, Héctor Orrego, Moisés Brodsky y otros docentes y funcionarios, perplejos de constatar que era cierto lo impensable: estaban bombardeando La Moneda, con el presidente Allende y sus colaboradores dentro del palacio de gobierno. Desde la Av. Independencia, se podían ver las columnas de humo que iniciaron la página más negra de la historia de Chile. Finalmente, acordamos que algunos permanecieran en la escuela, algunos en el hospital y otros estuvieran presentes en sus barrios. Se consideró que yo regresara a mi sector de La Reina, tal vez por el pequeño liderazgo local ejercido a través de la JAP. En realidad, no sé por qué. Porque no era responsable de ninguna otra organización en la comunidad.

Apenas había vuelto a casa, se presentó a visitarnos un teniente de carabineros. Otros seis carabineros armados rodearon la casa. El joven teniente, tembloroso, se sacó los guantes y extendió la mano

para saludarme. Le correspondí el saludo. Me pidió disculpas por visitarme sin invitación. Dijo que estaba recorriendo todo el sector y que lo único que les interesaba era que se mantuviera la calma y no ocurrieran disturbios. Lo invite a pasar y nos sentamos en el living. De pronto me preguntó:

¿Doctor, tiene usted armas aquí en la casa?

No, libros –contesté, señalándole las estanterías que cubrían las murallas de piezas y pasillos.

La conversación, gentil pero forzada, continuó en forma insubstancial hasta que, en algo así como un nuevo impulso, me preguntó:

– ¿Doctor, tiene usted alguna clase de explosivos?

– No, niños –le dije al tiempo que extendía el brazo para mostrarle algunos de nuestros hijos más pequeños que corrían indiferentes entre nosotros. Y agregué, señalando una residencia cercana de nuestra calle, donde en el techo estaba congregados los partidarios del Golpe, contemplando las columnas de humo negro que emergían del bombardeo de La Moneda y celebraban con champaña el fin de la democracia:

– Si usted está interesado en pesquisar armas, debería visitar a nuestros vecinos de Patria y Liberad, que viven en esa casa.

– Iremos a todas las casas –contestó– nos interesa que haya tranquilidad y paz en el sector.

Entonces pregunté:

– ¿Y usted, teniente, dónde vive?

Ya bastante relajado me dijo:

– En el Club de Campo de Carabineros, aquí en La Reina. ¿no lo ha visitado nunca, doctor?

Y a mi respuesta negativa, agregó:

– ¿Por qué no viene almorzar conmigo el domingo? Es muy bonito.

Se despidió cortésmente como había llegado. Los acontecimientos que siguieron me impidieron entablar por primera vez en mi vida una relación social con un uniformado.

En los bandos transmitidos ese mismo día, por radio y televisión, se estableció el estado de sitio por tres días y la orden de permanecer en el domicilio.

Nuestra hija mayor no alcanzó a regresar a casa y anunció por teléfono que estaba con unos amigos. No supimos de ella durante tres días. Tratamos de ubicarla. Nadie contestaba las llamadas telefónicas.

Al tercer día se pudo salir de las casas bajo un severo toque de queda que obligaba a recogerse antes de las seis de la tarde. Llamé a una veintena de compañeros sin lograr una sola comunicación. Por fin logré hablar con mi gran amigo Enrique Silva Cimma. Enrique prefirió no conversar por teléfono y me invitó a su casa. Le conté sobre el silencio de mis compañeros y la evidencia que se habían ocultado. Varios de ellos eran insistentemente citados por los bandos a comparecer en diversas oficinas. Le pregunté a Enrique si él pensaba que también yo debería esconderme, lo que yo consideraba difícil por razón de mi familia con seis niños. Silva Cimma me dijo:

- Pero, Alfredo ¿por qué te vas a ocultar? ¿Tú? Tú no has hecho nada malo. Ni siquiera has tenido un cargo de responsabilidad política. Ni te han llamado en los bandos. Por último, si te toman preso a ti... ¡Se levanta la Universidad!

Le respondí:

- Mi querido Enrique, no te das cuenta que han bombardeado La Moneda. ¡Qué han matado al Presidente de la República!

Y me quedé pensando con enorme admiración por este noble amigo mío, quien a pesar de la barbarie que había comenzado en Chile, en un momento de generoso apoyo, aún razonaba con sentido de legalidad y vocación de hombre derecho. Poco a poco, todos habríamos de convencernos de que nuestra democracia no tenía la solidez que en forma tan orgullosa nos hacía decir: “¿Golpe de Estado? ¿Dictadura? ¡Esas cosas no pasan en Chile!”

En los días inmediatos que siguieron al golpe, continué concurriendo a la Escuela de Salud Pública. Uno de esos días, el doctor Jorge Ávila, un joven médico becario de postgrado en psiquiatría, se acercó a preguntarnos, a un grupo de docentes, qué pensábamos que debía hacer. En un bando del Ejército lo llamaban a presentarse. Al igual que mi amigo Enrique Silva Cimma, estuvimos todos de acuerdo que no tenía nada que temer, que no había hecho nada malo, que la alternativa era vivir escondido, que no tenía sentido, que mejor sería que se presentara. Su compañero de estudios, el doctor Raúl Berdichevsky –quién hacía también una beca en psiquiatría en el Hospital psiquiátrico– cuenta que ambos fueron requeridos

a presentarse en el mismo bando, pero percibió el peligro y determinó no hacerlo. No pudo convencer a su amigo de los riesgos que corría. El doctor Ávila fue detenido el 17 de septiembre y fusilado al día siguiente en el Estadio Nacional.

EL FIN DE UN SUEÑO

Las expropiaciones de los latifundios y las nacionalizaciones de las grandes empresas, realizadas durante el gobierno de la Unidad Popular, afectaban los intereses de los capitalistas nacionales y extranjeros. Ellos decidieron detener el proceso a cualquier precio. Contaban con el apoyo de la CIA y del gobierno de los Estados Unidos. Sucedieron primero los asesinatos políticos de los militares constitucionalistas y luego el Golpe Militar y los más cruentos años que recuerda el país.

Horrendos crímenes sufrieron médicos de la Facultad de Medicina de la Universidad de Chile. Cayeron víctimas de torturas, ejecuciones y asesinatos, distinguidos académicos: Enrique Paris, Iván Inzunza. Médicos apenas graduados, que fueron brillantes representantes de los estudiantes en el Consejo de la Facultad: Jorge Klein, Carlos Lorca. Jóvenes egresados, becarios y médicos generales de zona, que ejercían en diversas provincias del país: Jorge Ávila, Vicente Cepeda, Jorge Cerda, Eduardo González, Arturo Hillierns, Jorge Jordan, Claudio Tognola, Absalón Wegner.

Oprobiosos vejámenes padecieron venerables personalidades nacionales como el doctor Edgardo Enríquez, quien fuera Rector de la Universidad de Concepción, relegado en Isla Dawson, junto con Arturo Jirón y otros. Eminentes profesores fueron retenidos en prisiones y partieron al exilio: Hugo Behm, Moisés Brodsky, Héctor Orrego y muchos más. Pedro Castillo fue encarcelado reiteradamente y por último relegado en la isla Melinka. Me correspondió afrontar con multitud de universitarios la detención en el Estadio Nacional y luego el destierro. Miles de estudiantes corrieron igual suerte y fueron suspendidos o expulsados.

La Dictadura borró de un sablazo “las conquistas irreversibles del pueblo”: la educación y la salud gratuita para toda la población, la previsión a cargo del Estado. Fueron suprimidos los partidos políticos y los sindicatos, los cargos representativos y la participación en consejos. Las universidades fueron intervenidas. Los universitarios se convirtieron en individuos peligrosos, se les persiguió encarnizadamente.

Se estableció un régimen autoritario en todas las instituciones nacionales. Se acabó el debate. El au-

toritarismo reemplazó a la participación. El miedo ocupó el lugar del entusiasmo. Se hizo sospechoso el compañero, podía ser un denunciante. Se instalaría el neoliberalismo. La sociedad competitiva reemplazaría a la sociedad solidaria. El individualismo y la competitividad se convertirían en las virtudes del nuevo sistema social. Todos los valores los establecerá el mercado.

DESDE ARGENTINA, CARTA PARA MIS AMIGOS

María De La Fuente. Desde Mendoza, Argentina: Carta para mis amigos. CMS [Internet]. 21 de julio de 2023 [citado 14 de enero de 2024];63(3):39-44. Disponible en: <https://cuadernosms.cl/index.php/cms/article/view/1507>

Mendoza, Febrero 1974

Nuestros amigos se preguntarán qué es lo que ha pasado con nosotros. Yo he venido a este vecino país para poder contarles lo que ha pasado con nosotros y lo que ha pasado por nosotros. Después de vivir una experiencia como la vivida, ya nada es lo mismo, cambia la visión de las cosas, el pasado no cuenta, el futuro se borra, es sólo el día que tenemos por delante. Vivimos estrictamente el presente.

Los lazos familiares se fortifican o se aflojan, dependiendo de las ideas. El trabajo pierde su sentido de servicio. El ambiente externo ya no importa, nos damos cuenta de que es primavera y nos preguntamos cómo es que la naturaleza sigue cumpliendo sus ciclos; la alegría de los niños, la aparente normalidad de algunos barrios, nos parece que transcurren para otros. Sin embargo hay algo que se mantiene, se valora y se cuida ahora más que nunca y eso es la Amistad.

Adivinamos en las cartas de ustedes la preocupación, sentimos el afecto, la solidaridad como algo tangible, muy nuestro y es por eso, por esa amistad, que les escribo ahora y desde aquí, ya que de otro modo no sería posible.

Hasta el 11 de septiembre vivíamos en nuestra Copia Feliz del Edén disfrutando del camino chileno al socialismo “con sabor a vino tinto y empanadas”: de las marchas, las concentraciones, el nuevo folklore, la conciencia colectiva que poco a poco iba creciendo, de aquellos días en que las 24 horas se hacían cortas para trabajar, enseñar, estudiar, escuchar y aprender, organizar, colaborar en esta nuestra vía al socialismo con sus virtudes y sus defectos, pero nuestra lucha al fin, en la que creíamos y por la que vivíamos.

Sin embargo, no todo era fácil. En los días precedentes al 11 de septiembre había un ambiente de tensión alarmante; por una parte atentados terroristas, con muchas víctimas, en torres de alta tensión, en gaseoductos, en locales de partidos políticos, por otra allanamientos de las Fuerzas Armadas, en uso de una extraña ley de Control de Armas, que sólo iba a buscarlas en los centros obreros, políticos o sindicales y una nube de rumores que nos rodeaba: que habría un golpe militar, una guerra civil, que sería este fin de semana, esta noche o mañana. De tanto escuchar el anuncio, ya nadie lo creía, especialmente después del “tanquetazo”, intento fracasado de asalto a la Moneda del 29 de junio, pero la orden era, ya se sabía, ir a los lugares de trabajo, resguardarlos, defenderlos y esperar allí las directivas de la CUT.

Pero llegó el 11 de septiembre y llegó como un día cualquiera. A muchos nos estaba esperando la noticia en los lugares de trabajo, otros lo escucharon por radio, algunos, muy pocos, lo sabían desde la noche anterior:

¡Golpe de Estado: la Moneda está sitiada...!

A la incredulidad siguió la angustia, hubo un recogimiento en la espera ¿sería como el 29 de junio? Pero no, pronto perdimos las esperanzas, la realidad se nos hizo presente con toda su crudeza, los minutos corrían muy largos; cada uno significó algo en esos instantes. Las radios populares daban comunicados. Hablaron los compañeros de la CUT: “Hay que quedarse a defender los lugares de trabajo”

Habló el Presidente dos veces, esa mañana desde la Moneda, la segunda fue la última de su vida y así lo dijo:

“Superaran otros hombres este momento gris y amargo, donde la traición pretende imponerse. Sigán ustedes sabiendo que, mucho más temprano que tarde se abrirán las grandes alamedas por donde pase el hombre libre para construir una sociedad mejor.

Estas son mis últimas palabras tengo la certeza que el sacrificio no será en vano.

¡Viva Chile, viva el Pueblo, vivan los Trabajadores!”

Ya en la mañana callaron nuestras emisoras radiales una a una. Se escucharon solo cadenas bajo control militar y luego ya no fue necesario que nadie nos dijera lo que estaba pasando, bastaba mirar el cielo, los aviones con una perfección técnica maldita (de lo cual están muy ufanos) bombardearon una y muchas veces la Moneda y eso era verdad, ese rugir de motores eran aviones de la Fuerza Aérea chilena, pilotados por aviadores chilenos, que bombardeaban la casa

presidencial. Al final solo columnas de humo y abajo cenizas y escombros...

Luego, durante todo el día por varios días, descargas de ametralladoras, balas, helicópteros y aviones sobre la ciudad. Sobre una ciudad que empezó a adquirir un rostro desconocido, repleta de militares dando órdenes, dueños de todo, de la vida y la muerte, en unas horas no valíamos nada. ¡Qué difícil es conservar la lucidez en momentos como éstos! ¿A quién clamar, a quién? ¿Donde había estado escondido tanto odio que de pronto apareció así ante nuestro asombro?

Ese primer día fue largo, estuve dispuesta a quedarme en resguardo del local, sin saber muy bien para qué, tal vez para aferrarme a la idea de que cumplía con mi deber, pero los compañeros dispusieron las cosas de otro modo y las mujeres nos fuimos a nuestras casas.

El toque de queda se iniciaba a las 15.00 horas. Camino a mi casa, vivo en el llamado Barrio Alto, vi escenas increíbles (había olvidado que existen otros chilenos). Gente que se abrazaba en las calles, que embanderaba sus casas, que aplaudía al paso de las tropas y algunos extraños seres, que nunca conocí que me saludaban con rostros radiantes.

Llegué a casa, donde me esperaba, afortunadamente, mi hermana y sus niños. Allí pasamos el encierro obligatorio de 48 horas. Edmundo se quedaría toda la noche y los días que fuera necesario de guardia en el hospital.

La televisión empezó a intoxicarnos ese mismo día con las odiosas imágenes que íbamos a tener que aprender a soportar desde entonces y... ¿hasta cuándo? Aprendemos los nombres de ellos, de esos oscuros seres que sin ningún derecho aparecían allí hablando en nombre de la Patria, la Paz y la Justicia, seres a quienes les brotaba el odio por todos los poros, que hablaban de extirpar el "cáncer marxista hasta sus últimas consecuencias", de proteger a los trabajadores, siempre que no fueran marxistas.

Ya tarde, en la noche, por personas que habían escuchado radios de países vecinos, supimos que Allende había muerto en la Moneda, recién entonces comprendimos que todo estaba perdido, de nada serviría la heroica resistencia que hacían francotiradores en el centro, obreros en sus fábricas o en las poblaciones, solo acumular más muerte y sufrimiento.

No había nada que hacer, sino esperar... ¿qué? Sin posibilidades de establecer contactos de ningún tipo, obligados a escuchar por radio o televisión sólo comunicados oficiales, prácticamente sin teléfonos, vivimos unos extraños días enquistados en este Barrio Alto.

Estábamos en medio de vecinos felices, que colocaban banderas, se daban la "buena nueva" de la muerte de Allende, salían a pasear sonrientes llevando de la mano a sus preciosos y limpios niños. La juventud con su descuidada vestimenta pulcramente desteñida, gozaba de la tibieza del sol. Viejas pintadas, como luchando contra el tiempo, ventilaban a sus perros y comentaban entre ellas lo felices que eran ahora que tenían "libertad" y se habían salvado de la muerte segura que les tenía preparada la "rotada" que iba a bajar de las poblaciones... y los viejos que pocos días antes hacían sonar las ollas vacías (que nunca lo estuvieron para ellos) ahora se encontraban toda la razón unos a otros: "si, lo mejor es un régimen militar, habrá disciplina, se acabará el desorden, las huelgas, los políticos y ... usted sabe? Yo estaba en la lista de exterminación del Plan Z... ¿Se da cuenta?... si nos querían matar a todos.

Las únicas caras tristes que vi en mi barrio fueron las del jardinero y el suplementero de la esquina.

El viernes llegó Edmundo, había pasado tres días y tres noches en el hospital trabajando duro, disputándole los heridos a las balas, balas de guerra que causan destrozos enormes. Había heridos civiles y militares, hombres mujeres y niños, algunos de éstos baleados en sus casas: "balas perdidas" decían ... El cuadro fue diferente, ese hospital está enclavado en uno de los barrios más populosos de la capital, donde viven y trabajan muchos obreros y allí sí que se vivieron horas de espanto, defendiendo las fábricas, los talleres, las escuelas, las poblaciones. Murieron muchos. No hubo señoras paseando sus perros, ni juventud despreocupada, allí se luchó duro y se murió por la causa justa y perdida de los trabajadores.

MEMORIAS DE CALBUCO

Jorge Minguell U. Varios Autores. Calbuco, Castro Quellón. Memoria y Salud en la XII Zona. Servicio de Salud Llanquihue, Chiloé y Palena, Santiago 2007. Pp 96-98.

El 11 de septiembre de 1973 llegué temprano al hospital, ya que esa mañana teníamos una operación de vesícula con posible exploración de colédoco, e inevitablemente me hacía estar más tenso que lo habitual. En la radio que tenía en mi despacho oí las primeras noticias de lo que sería el golpe de estado y a continuación el mensaje de Salvador Allende al pueblo en que pedía unidad y fuerza ante la traición. Fue un mazazo en mi conciencia.

Estaba solo, mirando por la ventana que daba a la entrada del hospital mientras oía el mensaje, cuando veo un energúmeno, el esposo de una funcionaria, que desde su coche me hacía gestos desafiantes y de alegría. Ese fue el primer signo de que todo empezaba a terminar. A las 10 de la mañana parecía que el golpe estaba triunfando. Marta me preguntó si suspendíamos la operación a lo que me negué. Aún con las palabras del Presidente en los oídos y repitiéndola una vez tras otra en la mente, comenzamos la operación más triste de mi vida y que sería mi última intervención en Calbuco. Ese día no se puso música en el quirófano, trabajamos en silencio, negándome a tener más noticias de lo que pasaba y terminamos la exploración de colédoco con éxito y el único comentario fue que el paciente estaba bien.

Cuando volvimos a la realidad, habría querido llorar de rabia al saber que ya no había nada que hacer y que el Presidente Allende había muerto y con ello todas nuestras ilusiones. El 13 de septiembre llegaron al hospital varios vehículos militares en el que venía el Dr. del Nido y otros oficiales, algunos de ellos también médicos, para comunicarme que las cosas habían cambiado y que a partir de ahora las cosas irían mejor y que debía colaborar. Le manifesté mis dudas y me ratifiqué en mi defensa de lo que habíamos hecho. Se marcharon disgustados al ver mi resistencia y comprobar que el Hospital de Calbuco era el único servicio público que había desobedecido la orden de izar la bandera nacional.

El 14 de septiembre me ordenaron que me presentara en la Comisaría de Carabineros ante el jefe de la plaza quién me manifestó que "...a partir de ese momento dejaba de ser Director del Hospital, que no podía ejercer como médico, y que cualquier

alteración del orden, visitas, comentarios o lo que fuera, significaba que se entendería como rebeldía y alteración del orden y que procedería con suma energía...", y que ante todo esto me recomendaba que por mi bien mejor me fuera de Calbuco. Volví a mi casa aturdido y confuso y sólo atiné a colocar en el tocadiscos mi música predilecta: La Fragua de Quilapayún, que se oyó a todo volumen durante una hora en todos los alrededores de la casa y el hospital, ante la angustia de mi madre que sabía que era algo prohibido en esos momentos. Tomé la decisión de irme y resistir donde pudiera ser útil. El sábado 15 de septiembre llamé por teléfono a Marta Torres, a don Omar y don Pepe para pedirles que se presentaran en el hospital. Ahí les comuniqué que me iba de Calbuco y quería que quedara todo en orden. Omar preparó un acta de entrega y don Pepe hizo un rápido balance económico y de las cuentas y firmé la entrega del hospital.

Me abracé largamente y en silencio con Marta, mi amiga y compañera de muchos sueños y alegrías y de mis fieles colaboradores Omar y don Pepe. Con lágrimas en los ojos nos despedimos y sin que nadie se percatara, me subí al coche y salí por el piedraplén como si fuera dando un paseo, desde donde le dije adiós a Calbuco. Al día siguiente un operativo de los militares entra al hospital para buscar armas e izar la bandera nacional.

¿Hacia donde iba? Pues sólo sabía que hacia el norte; las escasas informaciones que teníamos decían que había resistencia por Osorno y que era difícil llegar más allá. Decidí irme a Puerto Montt en busca de más noticias y de mis amigos que podrían decirme donde me podrían necesitar. No encontré a nadie, sólo evasivas de conocidos y miedo de verse comprometidos si hablaban contigo. Opté por intentar llegar a Santiago, empresa difícil en esos días con toque de queda desde las 5 de la tarde y con la obligación de permanecer en los puestos de trabajo bajo posible arresto.

Mi amigo y compañero Gilberto P. me ayudó en Purránque con riesgo para él y su familia, no así familiares en Temuco que se negaron a recibirme y me obligaron a tener que esconderme para escapar del toque de queda.

En Santiago era difícil justificar tu presencia y la de tu coche con patente de Calbuco, en esos días de represión, miedo y delaciones, por lo que a finales de septiembre llamé al Dr. Del Nido que me comunicó que no había ningún cargo en mi contra y que me había destinado al Hospital de Castro. El 5 de octubre

me presentaba en el Hospital de Castro ante su director, el Dr. Raúl Miserda, que había sucedido tras el golpe al Dr. Carlos Yurac. El cojo Miserda había sido compañero mío toda la carrera y no sólo compañero, sino que por iniciar su apellido con "Mi" igual que el mío, habíamos hecho casi todas las prácticas de la carrera juntos. El susodicho se había transformado en médico militar y defensor de los principios de la Junta. Su recibimiento fue frío, duro y sin el más mínimo afecto. Me destinaba al Pabellón de Tuberculosos, sabiendo mis condiciones de cirujano y mi experiencia reconocida.

Los tuberculosos, que eran muchos en esa época, en el Hospital de Castro estaban en una casa vieja, húmeda y fría, en la parte de atrás y alejado del hospital a más de 50 metros. Ahí vivían los enfermos activos, los resistentes, los complicados y los sin hogar, atendidos por dos auxiliares y un médico, que se reunían alrededor del fuego para tomar el te y darse un poco de calor entre todos. A mi antecesor, el Dr. Carvalho, lo habían expulsado después del golpe y había dejado un gran recuerdo entre enfermos y personal.

Una semana trabajé en Castro y aprovechando los festivos del puente 12 de octubre viajé a Purranque para ver a mi madre quien había quedado en casa de mis amigos. A la vuelta en Pargua, mientras esperaba el ferry en la playa, un operativo de los carabineros me rodea y me lleva al puesto de Carabineros detenido. Nadie sabe por qué, ni para qué; se me despoja de zapatos, cinturón y demás pertenencias en espera de ser trasladado a Puerto Montt. El trasla-

do lo hace un teniente de carabineros de Calbuco, al que había conocido en alguna cena del Club de Pumas, quien me insiste que es un asunto de rutina y breve, comprometiéndose a avisar a mi madre de la detención, cosa que no hace, y me deposita en el siniestro Cuartel de Investigaciones de Puerto Montt. Se me permite llevar a una chaqueta y el libro de Tisiología que estaba leyendo, que durante toda mi permanencia en ese tenebroso lugar me ayudó tanto como almohada y a evadirme intentando ocupar mi mente con los programas antiTBC.

Dos eran las palabras malditas en aquellos días para los que estábamos detenidos: extremismo y armas. Sabíamos que una u otra significaban que el castigo sería máximo, pudiendo llegar hasta la muerte. En los días que estuve incomunicado y desaparecido en el Cuartel de Investigaciones fusilaron a seis compañeros del MIR por esas razones, y que intentaban dormir a pesar de las provocaciones de los carabineros dos celdas más allá de la mía. También en esos días terribles asesinaron a seis presos comunes, casi niños la mayoría, que conocí por las mañanas cuando pasaban sacando la porquería de las celdas. Fueron casi todas las víctimas registradas en Puerto Montt en ese fatídico mes de octubre de 1973. Después de los durísimos primeros interrogatorios con el rostro cubierto por una capucha, el tema principal eran las armas, ya que daban por hecho mi militancia en el extremismo...